

OPINIONES

¿Padrinos o hermanos?

—¿Usted también ha apadrinado a un niño?

—Por supuesto, en El Salvador.

—¿Qué relación piensa mantener con él?
—La que tiene que ser. El me va a escribir un par de cartas al año. Lo que haré será contestarle a esas cartas, evitando hablarle de mi entorno. Será imprudente contar a alguien que sólo come frijoles que aquí estamos con los escaparates a rebosar.

Si alguna madre o padre respondiera así, no tardarían mucho en alzarse voces contra tanta trivialidad y falta de responsabilidad.

Sin embargo, el que así ha contestado se siente tremendamente orgulloso de su actuación. La respuesta está tomada de una entrevista al presentador de uno de los macroespectáculos «solidarios» con los que últimamente nos bombardean las televisiones. En concreto se trata del conductor de las 24 horas de debate donde se batieron varios récords, entre otros el de conseguir más de 40.000 apadrinamientos de niños del Tercer Mundo.

No tengo ninguna duda sobre la buena voluntad que anima a todas las personas que llamaron para apadrinar algún niño. Seguro que en su gesto anida un deseo auténtico de solidaridad. Además, esta modalidad de ayuda tiene la virtualidad de ofrecer una cierta «cercanía» afectiva.

Sin embargo, creo que este tipo de solidaridad-espectáculo tiene una serie de efectos perversos sobre los que es bueno reflexionar, no vaya a ser que estemos realimentando al monstruo de la pobreza que intentamos combatir.

En primer lugar, he de afirmar que mi confianza absoluta en que las instituciones que fomentan el apadrinamiento utilizan adecuadamente los fondos obtenidos. Tampoco tengo ninguna duda respecto a que los

mente a las comunidades humanas donde se ejecutan. No residen ahí los inconvenientes.

Las limitaciones de esta forma de cooperación se ponen de manifiesto, por una parte, al reflexionar sobre el modelo de relación entre los distintos actores implicados en el apadrinamiento y, por otro lado, al analizar el mensaje que con este tipo de prácticas se está lanzando a nuestra sociedad.

Es una conquista reciente el ver cualquier tipo de ayuda social, pública o privada, desde la perspectiva de la justicia distributiva. Esta concepción ha desterrado algunas prácticas que tenían que ver con una imagen feudal de la sociedad: los señores tenían que ser magnánimos y velar por un mínimo bienestar para sus siervos; los plebeyos debían servir fielmente a sus señores y agradecer aquello que les era dado graciosamente. Tras muchas luchas, el concepto de ciudadanía se fue abriendo camino y ha configurado una constelación de derechos que hoy nos parecen irrenunciables.

Pues bien, creo que en la relación que se establece a través del apadrinamiento subsisten algunos elementos de esa lógica feudal por la que los señores se debían de comportar como padres con aquellos que les eran confiados. Desaparece la horizontalidad de la ciudadanía/fraternidad para instaurar la verticalidad de la paternidad.

El hecho se ve con más claridad si nos ponemos en el lugar de los receptores de la ayuda. Los niños apadrinados tienen su padre y su madre. Lo que resulta escandaloso es que éstos tengan que echar mano de otros «padres» a miles de kilómetros para dar a sus hijos algo que ellos no pueden ofrecerles. Pongámonos en la piel de esos padres. Supongamos, por un momento, que nosotros no tenemos recursos económicos para mantener y educar a nuestros hijos y

debemos recurrir a unos bienhechores lejanos para que ellos los mantengan. Creo que a todos nos resultaría muy duro de aceptar que nuestros hijos lo supieran y que tuvieran que mandar cartas de agradecimiento a aquellas personas que les dan lo que nosotros, a pesar de nuestros esfuerzos, no podemos conseguirles. Mucho más, si su posición de poder no es del todo independiente de nuestra situación de postración. Hay formas de ayudar que tienden a erosionar la dignidad y la autoestima de aquellos a los que se pretende ayudar.

Es cierto que normalmente los fondos obtenidos por este método no van directamente al niño apadrinado sino a apoyar diversos proyectos en su comunidad; pero entonces, cuando es así, no entiendo por qué se hacen las cosas de esta manera y empiezo a sospechar que una vez más se utiliza a los niños como reclamo para conseguir dinero. Y entro así en la reflexión sobre el mensaje de fondo que se está enviando a la sociedad con este tipo de prácticas.

Lo que de una u otra manera tenemos algo que ver con la cooperación para el desarrollo, sabemos que el tema de la pobreza en el mundo no se va a solucionar sólo a través de proyectos de cooperación, importantísimos y siempre necesarios pero insuficientes. Cada vez somos más conscientes de las múltiples interdependencias que nos constituyen como un único mundo. Por eso, sabemos que para que la situación de las 2/3 partes de la humanidad mejore, tenemos que transformar nuestra manera de vivir y organizar la convivencia a nivel económico y político.

Frente a esto, el esquema del apadrinamiento tiende a singularizar los problemas y a privatizarlos convirtiéndolos en un nuevo artículo de consumo. Al centrar el problema en «este niño» se difumina, hasta desapa-

recer, el trasfondo de causas y relaciones que está detrás de él y que explica su situación. El problema ya no está en las trabas que les ponemos a la comercialización de sus productos, ni en los programas de ajuste estructural que nuestros gobiernos alientan. ¡Buff, menos mall! ¡Ya no hay que preocuparse de esas cosas tan complicadas que tienen que ver con la política! Ahora todo es fácil, se trata de dar una cantidad y solucionar la vida de uno, dos o tres niños. No se nos pide que cambiemos nada fundamentalmente de nuestra vida. Demasiado sospechoso. Esta manera de presentar la cooperación falsea la realidad de la pobreza; esconde nuestra responsabilidad y, por supuesto, ofrece soluciones engañosas.

Por último, no se puede desdeñar una última razón perversa para explicar el éxito que tiene este tipo de iniciativas. Hoy todo se puede comprar y vender. En este contexto, las instituciones dedicadas a la solidaridad corremos el peligro de convertirnos en expendedoras de tranquilidad de conciencia en forma de pequeñas parcelas de pobreza con certificado de propiedad. Esta puede ser la última victoria del mercado en su afán por desactivar el potencial crítico que ha ido brotando por doquier en forma de ONG. Hay mucho interés en que nos apuntemos a legitimar un sistema de valores y actitudes que en el fondo es el causante del problema.

Si no queremos caer en la trampa, debemos esforzarnos en fomentar la ciudadanía responsable y la participación social desde perspectivas críticas. Frente a estas paternidades tan baratas y tan poco exigentes es tiempo de reivindicar una auténtica fraternidad. Tenemos delante el reto de traducirla en imágenes, prácticas solidarias y políticas.

Fco. Javier Arellano Yanguas,

Jesuita, director de Alboan